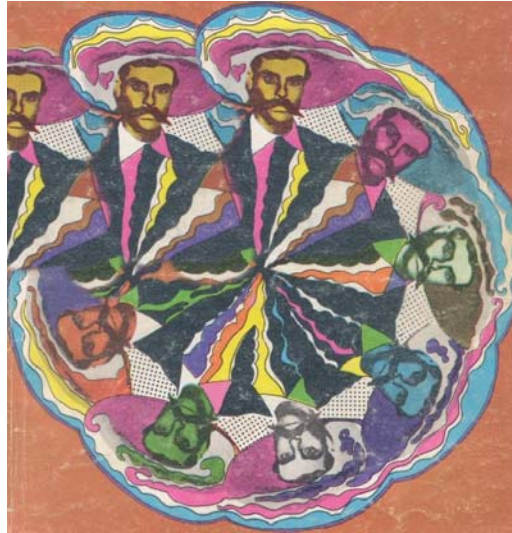




El Verdadero Zapata



Índice

Índice	1
El Verdadero Zapata.....	2
I. De Anenecuilco a la capital.....	3
A. Vida de caballo	3
B. Una esperanza débil	4
C. Mi General Zapata	5
D. Tierras no, leyes sí.....	6
II. La venganza de un “ninguneado”	7
A. El Plan de Ayala.....	8
B. Como en Vietnam	9
C. Balas contra el exterminio.....	10
D. Problema olvidado	11
E. Alianza y trato macabro	11
III. Ahora todos somos Zapatistas	12
A. Oportunidad para hacer méritos	13
B. \$50,000 y el ascenso	14

El Verdadero Zapata

Por Jaime Acosta¹

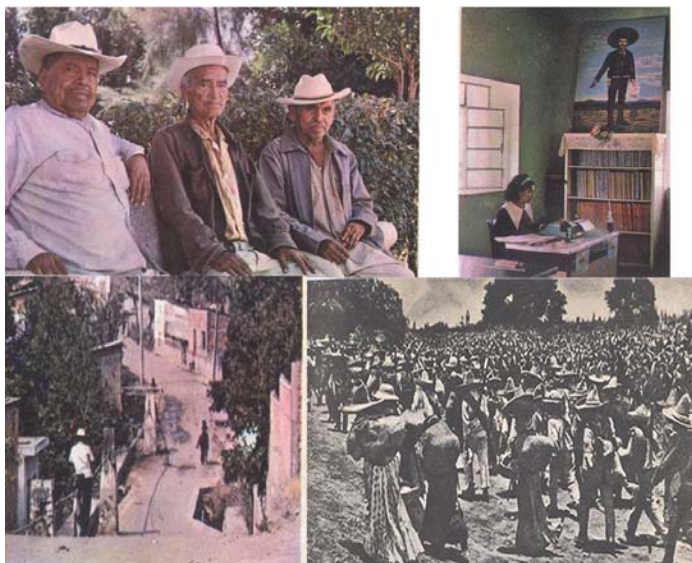


Las huellas del caudillo

En la hacienda morelense de Chinameca fue asesinado Emiliano Zapata. El sombrero que portaba llegó por azar a manos del director cinematográfico Emilio "Indio" Fernández, cuya esposa, Beatriz Castañeda, muestra la reliquia.

Tres viejos zapatistas de Chinameca recuerdan los viejos tiempos. Dimas Leyva (arriba izquierda) presenció el asesinato de Zapata. Junto con sus dos compañeros, Lorenzo Leyva y Rosalío Galván, luchó en la revolución durante su adolescencia.

Abajo izquierda una vista de Anenecuilco, arriba a la derecha un gran retrato de Zapata preside el ajetreo de las oficinas del Registro Civil en Villa de Ayala.



¹ Acosta Jaime A. 1970. "El Verdadero Zapata". *Contenido*. 15 de Junio. Nº 85. 1970, DF, México, pp. 28-50.

I. De Anenecuilco a la capital

Durante tres meses de 1911, Zapata se jugó la vida a diario, combatiendo por Madero. Cuando la lucha cesó pudo informarse de que el esfuerzo había sido vano, ya que todo seguiría igual.

Se cuidaron de no hacer el acostumbrado repique de campanas, pues hacerlo equivaldría a informar a los hacendados que estaban en junta urgente y mandarían espías. Se reunieron en los portales de Anenecuilco. Sumaban 70 y representaban a los 400 habitantes del lugar.

Los ancianos concejales abrieron la sesión haciendo recuerdos. Desde hacía 20 ó 30 años los hacendados de Morelos habían empleado toda clase de artimañas jurídicas, amenazas y violencia para aumentar la extensión de sus propiedades restándosela a los terrenos comunales y las parcelas de los agricultores en pequeño. De nada había servido mostrar a las autoridades “la mapa”, los títulos de propiedad expedidos por el rey de España.

Tampoco había servido hablar por las buenas: le habían dicho al administrador de una hacienda que por favor les dejara sembrar, y el administrador les contestó que si querían hacerlo sembraran en maceta.

Las cosas se complicaron el año anterior al celebrarse las elecciones estatales; como el candidato opositor a gobernador había logrado atraerse a buena parte de la población, las autoridades reaccionaron tomando una serie de medidas represivas: “enganchar” en el ejército a los descontentos o enviarlos a trabajos forzados hasta Yucatán; encarcelar a otros o hacerles la vida imposible para que se marcharan del estado. El gobernador impuesto, un hombrecillo que vivía suspirando por sus días de estudiante en Inglaterra, era un simple títere de los hacendados y ya fraguaba nuevas medidas para agobiar a los campesinos pobres.

Los ancianos confesaron que ya les faltaba vigor físico para defender a su pueblo en la medida que requerían las circunstancias. Por lo tanto, renunciaban a sus cargos y pedían a la asamblea que escogiera para sustituirlos a un hombre joven y honesto. Se propusieron muchos nombres, y finalmente se decidió elegir al más famoso domador de caballos de la región, Emiliano Zapata, un individuo taciturno de 30 años de edad, hijo de don Gabriel y doña Cleofas, los dueños de una casa de adobe, de una pequeña parcela y de algún ganado –gente pobre pero no tanto como la mayoría de los habitantes de Anenecuilco, que vivían en jacales de vara.

A. Vida de caballo

Así surgió Emiliano Zapata a la vida pública. Al asumir su puesto, contrató los servicios de un abogado que a final de cuentas no hizo ningún trámite y sólo le quitó el dinero. Acudió después a otro abogado que tenía fama de opositor, y con ello lo catalogaron como alborotador, por lo cual el 11 de febrero de 1910 lo “engancharon” en el noveno regimiento de infantería, con sede en Cuernavaca. Afortunadamente para él, un hacendado enormemente rico y de ribete yerno de Porfirio Díaz –Ignacio de la Torre y Mier- se vio en la necesidad de conseguir un caballerango experimentado para que le cuidara sus animales en la ciudad de México. Se acercaban las fiestas conmemorativas del primer centenario de la Independencia; de todos los países del mundo llegarían a México invitados importantísimos y el señor de la Torre y Mier no podía permitir que sus

caballos carecieran de la atención necesaria para lucirlos ante tan distinguidas personas. Consecuentemente, gestionó y obtuvo que Emiliano Zapata fuera dado de baja en el regimiento y así pudiera pasar a la capital a encargarse de sus caballerizas.

Mucho se ha discutido acerca de si Emiliano Zapata presenció o no el ostentoso derroche de las fiestas del centenario. Como quiera que haya sido, poco después de la fastuosa celebración regresó a Anenecuilco, libre ya para reintegrarse a su mundo habitual. Sus amigos lo notaron abatido, desconcertado e intratable. Cuando le preguntaron qué sucedía, Zapata no pudo contenerse: -En México los caballos de los ricos viven mejor que nosotros- estalló.

B. Una esperanza débil

Zapata se había convertido en un rebelde hecho y derecho. ¿Pero qué podía hacer en el insignificante Anenecuilco? No tenía deseos de unirse a los enemigos morelenses del gobernador, pues en su mayoría éstos eran gente de ciudad y no se interesaban por los problemas del campesino. Francisco I. Madero sublevaba por entonces a todo el país, pero el lema del maderismo, "Sufragio efectivo-No reelección", no podía entusiasmar a Zapata, a quien sólo interesaba la devolución de las tierras comunales de Anenecuilco.

Madero pidió a todo el pueblo que se levantara en armas el 20 de noviembre de 1910. La rebelión sólo alcanzó proporciones notables en Chihuahua, y aun ahí parecía estar a punto de ser sofocada. Madero tuvo que refugiarse en Estados Unidos. En Morelos se sublevaron algunos grupos pequeños, y el gobierno local recrudesció la represión.

Poco antes de que estallara la Revolución, la figura imponente de Porfirio Díaz paseaba por la ciudad de México, ignorante de la tormenta que se avecinaba.

El domador de Morelos: Emiliano Zapata casi nunca sonreía y rara vez hablaba. Fue uno de los pocos héroes mexicanos que jamás pronunció una frase célebre.

La familia Madero: El padre del iniciador de la Revolución aparece en una fotografía con tres de sus hijos. El contraste con Zapata no podía ser mayor.

Ningún opositor podía estar tranquilo, y menos los de Anenecuilco, acaudillados por un hombre fichado de "revoltoso". En su desesperación, Zapata leyó el "Plan de San Luis" lanzado por Madero, y le pareció sumamente interesante una cláusula del artículo 3º. que decía:

"Abusando de la Ley de Terrenos Baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los Tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan



Poco antes de que estallara la Revolución la figura imponente de Porfirio Díaz paseaba por la ciudad, ignorante de la tormenta que se avecinaba

arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquieran de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos...”

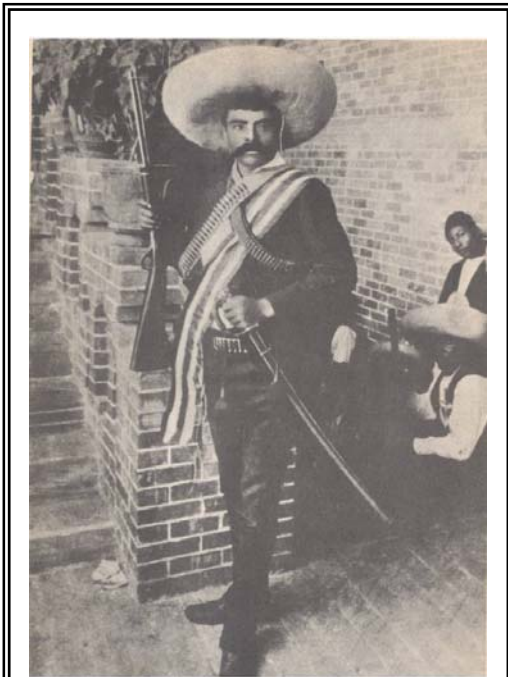
Aunque les costaba trabajo creer en la sinceridad de un hacendado, los de Anenecuilco vieron en el “Plan de San Luis” una tenue esperanza de salvación y enviaron a Estados Unidos un representante para que hiciera contacto con Madero y le informara que estaban dispuestos a lanzarse a la revolución.

Para Zapata el problema fundamental era la devolución de las tierras a sus legítimos dueños: los campesinos.

C. Mi General Zapata

El 14 de febrero de 1911 Madero se internó nuevamente en Chihuahua y la revuelta cobró vigor. Paralelamente, en Morelos continuaban las medidas represivas y los de Anenecuilco se vieron en la necesidad de lanzarse a la lucha abierta: permanecer inactivos era arriesgarse a que los encarcelaran o los “engancharan” en el ejército. La noche del 11 de marzo de 1911 iniciaron la rebelión en la Villa de Ayala –cabecera del distrito de Anenecuilco-; desarmaron a la policía y celebraron un mitin en la plaza pública

para pedir a la gente que se sumara al movimiento. Muchos lo hicieron.



El domador de Morelos

Para Zapata el problema fundamental era la devolución de las tierras a sus legítimos dueños: los campesinos.

Emiliano Zapata casi nunca sonreía y rara vez hablaba. Fue uno de los pocos héroes mexicanos que jamás pronunció una frase célebre.

Las semanas siguientes tomaron varios pueblos pequeños. El 4 de abril, un ex estudiante poblano llamado Juan Andrew Almazán, quien se hacía llamar “embajador de Madero”, designó a Zapata jefe maderista de Morelos. Seguidamente Zapata fue nombrado general revolucionario, y estrenó su título derrotando al ejército federal en Jonacatepec. A mediados de mayo, después de una sangrienta batalla que duró seis días, Zapata se apoderó de Cuautla. El gobernador huyó a la ciudad de México.

Ésto coincidió con la toma de Ciudad Juárez efectuada por los maderistas Pascual Orozco y Francisco Villa. Las noticias de la hazaña sacudieron al país y por todas partes se multiplicaron los levantamientos. Comprendiendo que estaba perdido, Porfirio Díaz abandonó el país dejando el gobierno en manos de un presidente interino, Francisco León de la Barra, quien gobernaría al país durante un plazo de seis meses en el que se celebrarían elecciones para Presidente de la República, según acuerdo celebrado con Madero.

El 7 de junio, en medio del entusiasmo popular más desbordante que se recuerde. Francisco I. Madero hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Millares de oportunistas y de

revolucionarios auténticos se hicieron presentes en la capital para felicitar al caudillo. Entre éstos últimos se encontraba el general Emiliano Zapata, quien sin más preámbulos

pidió autorización a su jefe para devolver a los campesinos de Morelos las tierras que reclamaban.

D. Tierras no, leyes sí

La petición dejó mudo por unos instantes a Madero. Por supuesto, ratificó la promesa empeñada en el “Plan de San Luis”, pero ya con anterioridad había explicado a sus partidarios que ésta tenía mucho de medida propagandística para atraerse a los campesinos, pues el problema de la restitución de tierras era sumamente complicado: habría que nombrar comisiones que estudiaran a fondo el asunto, jueces que revisaran cada caso y dictaran fallos justos, etc.

Madero señaló a Zapata que el lema “Sufragio efectivo-No reelección” estaba finalmente a punto de ser una realidad. Esto por sí solo crearía el clima propicio para que la justicia imperara en el país y los tribunales pudieran solucionar el problema agrario. Por otra parte, consideró incorrecto que Zapata siguiera manteniendo su contingente armado, pues el ejército regular porfirista, ahora bajo las órdenes del presidente interino, era el único legalmente encargado de vigilar el orden. Zapata debía desbandar a sus hombres y entregar sus armas al gobierno provisional.



La familia Madero

El padre del iniciador de la Revolución (centro) aparece en esta foto con tres de sus hijos. El contraste con Zapata no podía ser mayor.

El rostro de Zapata se ensombreció. Dicen que como respuesta tomó la carabina, se puso de pie y dijo: -Mire, señor Madero, si yo aprovechando de que estoy armado le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar, los dos armados con igual fuerza, ¿tendría usted derecho a exigirme de inmediato la devolución del reloj?

-Claro que sí- le dijo Madero -. E inclusive tendría usted derecho a exigir una indemnización.

-Bueno, pues en Morelos nos han robado las tierras y no entendemos por que no podemos recuperarlas ahora mismo –sentenció Zapata.

Madero no supo qué contestar. Honesto a toda prueba, pero lleno de idealismos irrealizables se limitó a decir a Zapata que una semana más tarde viajaría a Morelos para estudiar personalmente el problema. Así lo hizo, pero los hacendados morelenses se cuidaron de rodearlo y de rendirle homenajes “a la verdadera Revolución”, y con ello lo convencieron de que Zapata era un loco, un ambicioso y un bandido a

quien debía vigilar muy de cerca. Por principio de cuentas debía evitar que cobrara mayor

fuerza y para ello resultaba indispensable obligarlo a entregar las armas y desbandar a su ejército.

II. La venganza de un “ninguneado”



Asediada por los fotógrafos, Zapata se reunió con Villa en Palacio Nacional.

Después de luchar por Madero, Zapata se enfrentó a él. Más tarde combatió contra Huerta y finalmente contra los carrancistas.

Francisco León de la Barra desempeñó el interinato presidencial por espacio de seis meses que concluyeron el 6 de noviembre de 1911. Para él, Zapata era una especie de Anticristo, un bandolero que atizaba las ambiciones de “la indiada” con falsas promesas y sin otro propósito que destruir la obra de la “sociedad culta” que había hecho de Morelos una de las más prósperas zonas azucareras del mundo. Los periódicos, que siempre enmudecieron ante las arbitrariedades del régimen porfirista, amplificaban cualquier falta cometida por los zapatistas para dar la impresión de que en Morelos campeaban el bandillaje y el desorden. Zapata fue bautizado con el apodo de “El Atila del Sur”.

De la Barra proclamó reiteradamente su propósito de destruir a Zapata. Con todo, Madero logró convencer al caudillo morelense para que sus hombres entregaran las armas a cambio de que lo nombraran jefe de policía de Morelos. Zapata cumplió su parte del trato, pero el gobierno se negó a darle posesión del puesto prometido y cuando Zapata protestó, Madero le dijo que tuviera paciencia: cuando él fuera presidente, todo se arreglaría conforme a la ley.

En México, los partidarios de Madero estaban alarmados por la manera como su dirigente se dejaba rodear y manejar por sus antiguos enemigos y secretamente comenzaron a rearmar a los ejércitos revolucionarios, entre ellos el de Zapata. Así, un mes después de haber sido disuelto, el contingente zapatista estaba nuevamente de pie –y esta vez con armas más modernas y eficientes.

Por esos días se produjo en Puebla un choque entre un grupo revolucionario y otro del ejército federal. Como Madero era esperado en esa ciudad; corrió la voz de que había un complot para asesinarlo. Zapata reconcentró a sus partidarios en Cuautla y anunció que marcharía hacia Puebla en defensa de Madero. Estaba por iniciar la marcha cuando recibió órdenes de quedarse donde estaba y se enteró de que Madero. Estaba por iniciar la marcha cuando recibió órdenes de quedarse donde estaba y se enteró de que Madero había culpado del incidente a los revolucionarios y había elogiado la "lealtad y valentía" de los federales. Por las dudas, Zapata recomendó a sus hombres que conservaran las armas y permanecieran a la expectativa.



Los zapatistas desayunaron en Sanborn's, entonces un lugar muy elegante.

A. El Plan de Ayala



El usurpador Victoriano Huerta y un colaborador, Querido Moheno.

Algunos grupos de zapatistas comenzaron a mencionar el nombre de su caudillo para ocupar la gubernatura de su estado. Alarmados, los dueños de haciendas acudieron a De la Barra para exigirle que detuviera esa amenaza. En agosto, a tres meses escasos del triunfo del maderismo, un cuerpo del ejército federal comandado por el torvo general Victoriano Huerta estaba ya en Morelos dispuesto a "extirpar el bandidaje".

Huerta ocupó varios pueblos y cometió tropelía y media. Por un momento estuvo a punto de capturar al mismo Zapata, al atacar una hacienda donde se había refugiado el caudillo. Zapata escapó por la parte trasera del edificio y, tras ocultarse en unos cañaverales, huyó a una región montañosa de Puebla.

Perseguido y fugitivo, Zapata ganó un prestigio cada vez mayor, pues las arbitrariedades de Huerta tenían la virtud de

convertir a los revolucionarios tibios en zapatistas furibundos. Sin embargo, Zapata anduvo fugitivo hasta el 6 de noviembre en que Madero llegó a la presidencia. No tenía motivos para esperar que Madero arreglara la situación y por ello concentró a su ejército en Villa de Ayala, esperando el giro que tomaran los acontecimientos.

Madero, cuya autoridad era desafiada constantemente por todo y por todos, pensó que no podía permitir que Zapata se le impusiera. Como resultado, le mandó decir: “Lo único que puedo aceptar es que inmediatamente se rinda a discreción y que todos sus soldados depongan inmediatamente las armas. En este caso indultaré a sus soldados del delito de rebelión y a usted se le darán pasaportes para que vaya a radicar temporalmente fuera del estado”.

La respuesta de Zapata fue expedir su “Plan de Ayala” en la villa del mismo nombre. En este documento Madero fue declarado inepto para gobernar y traidor a la revolución y a la patria; se le desconoció como presidente y se anunció que la lucha continuaría hasta lograr la restitución de las tierras arrebatadas a los pueblos, y conseguir que fueran expropiadas, previa indemnización, las tierras ociosas de los hacendados, para entregarlas a los campesinos desposeídos o sumarlas a las áreas comunales de los pueblos.

B. Como en Vietnam

Madero intentó ahogar la rebelión instalando en Morelos un gobernador de tendencias revolucionarias moderadas, pero esta solución a medias sólo agravó el problema y la sublevación zapatista empezó a cundir a los estados vecinos. Poco después Pascual Orozco se alzó contra Madero en Chihuahua y Victoriano Huerta abandonó Morelos para marchar al norte y aplastar la rebelión orozquista.

Como jefe militar de Morelos quedó el general Juvencio Robles, un individuo desalmado que no concedía a los campesinos una categoría superior a la de los animales y que se había distinguido por la crueldad con que sofocó en el norte algunas rebeliones apaches.

Lo que siguió hace pensar en un moderno relato de atrocidades de Vietnam. Robles encarceló y mandó fusilar a cuanto morelense le parecía sospechoso; sacaba a la gente pacífica de los pueblecillos y ranchos para tenerlos como rehenes en campos de concentración de las afueras de las ciudades, a fin de que no pudieran ayudar a los guerrilleros; mandaba columnas volantes al campo con instrucciones de reprimir sin misericordia a todos los campesinos. Típica de estas operaciones fue la que tuvo lugar el 15 de febrero de 1912 en el pueblito de Nexpa. Los federales encontraron solamente a 131 niños y mujeres y a 5 hombres; los sacaron de sus casas y prendieron fuego a los jacales. Un periodista escribió:

“Los vecinos lloraban rogando que no se destruyera el pueblo que los había visto nacer...enmedio del espanto y consternación, las llamas hacían su tarea y una columna negra y densa de humo, arrastrándose trabajosamente por los flancos de la sierra, anunciaba a los zapatistas allí ocultos que ya no tenían hogar”.

San Rafael, Ticomán, Los Hornos y otros pueblecillos sufrieron suerte parecida. Con todo, la rebelión se extendía con tan desastrosos resultados para los federales que un periódico temió que Morelos fuera “la tumba de nuestro glorioso ejército”.

Los rebeldes eran a menudo niños de 10 ó 12 años que tan pronto disparaban sus armas como se dedicaban a cultivar la tierra. Cuando aparecía un ejército fuerte se evaporaban ocultándose en las cuevas y las barrancas de los cerros que por los siglos de los siglos habían servido de escondite. Cuando veían la oportunidad, arremetían y dejaban el campo regado de enemigos. Al atacar una hacienda lo primero que hacían era destruir los

títulos de propiedad e invitar a los campesinos a instalarse en las tierras y conservarlas con las armas en la mano.

Los soldados zapatistas vestían camisa de manta y calzón blanco, en tanto que muchos de sus jefes andaban de charros. El traje negro con bordados de plata que usaba “Miliano”, como le llamaban sus hombres, se convirtió en un espectro que turbaba el sueño de los poderosos de todo el país. Como una especie de himno de lucha, los zapatistas adoptaron la canción La valentina, con su frase de “Si me han de matar mañana, que me maten de una vez...”

C. Balas contra el exterminio

Madero se disgustó por las atrocidades que cometían sus tropas y después de un corto tiempo sustituyó a Robles por el moderado general Felipe Angeles. Éste no tuvo mucho tiempo para actuar, ya que el 19 de febrero 1913 el traidor Huerta se proclamó presidente de la República.

Entre los muchos problemas que debía afrontar el usurpador destacaba el del estado de Morelos. Viajó a Cuernavaca y reunió a los hacendados para decirles que estaba convencido de que todos los morelenses eran zapatistas; consecuentemente, era necesario sacarlos del estado a todos ellos, vivos o muertos. Para acallar las protestas de los hacendados, quienes se quejaban de que ésto provocaría una escasez de hombres para el trabajo, Huerta anunció que estaba en tratos para llevar a Morelos a 30,000 braseros japoneses.

Juvencio Robles fue puesto nuevamente al frente de la represión, y para que tuviera mayor autoridad se le nombró también gobernador del estado. Sin pérdida de tiempo Robles volvió a arrasas pueblos, a establecer campos de concentración para enviar a los morelenses a otros estados, a fusilar y a encarcelar sin piedad. Un año duró Robles al frente del movimiento represivo; se calcula que la población de Morelos disminuyó un 20% en este periodo.

Empero, la ola zapatista siguió creciendo. El ejército federal sufrió bajas enormes y una a una cayeron en manos de Zapata las principales poblaciones de Morelos.

El 24 de marzo de 1914 Zapata se sintió tan fuerte que decidió rebasar los límites de su estado y tomar la capital de Guerrero, Chilpancingo. Hecho ésto volvió sobre sus pasos y empezó a atacar pueblecillos cercanos a la ciudad de México. Simultáneamente los revolucionarios del norte marchan de triunfo en triunfo. En julio, Huerta se vió perdido; dejó el poder en manos de un gobierno provisional, y huyó del país.

El terror cundió en la ciudad de México. Tanto y tan mal habían hablado los diarios de “El Atila del Sur” que la gente tenía la seguridad de que la entrada de los zapatistas significaría fusilamientos en masa, violación de todas las mujeres, robo y



destrucción total. Aunque en realidad Zapata no comandaba más de 15,000 hombres, una fuerza a todas luces insuficiente para ocupar la capital, el temor había hecho creer a los huertistas que Zapata disponía de 50,000 soldados como mínimo; por ello iniciaron negociaciones para entregarle la plaza.

En realidad, lo que se proponían era ganar tiempo para que llegara a México el ejército carrancista de Álvaro Obregón. Para los huertistas, Obregón, hombre blanco y relativamente civilizado, garantizaba una suerte mil veces mejor que la que podían esperar de los zapatistas. El 14 de agosto el gobierno provisional entregó la capital a los carrancistas.

D. Problema olvidado

Zapata no fue el único que tuvo ocasión de enfurecerse por el giro de los acontecimientos. En el norte, Pancho Villa también había visto frenado su avance por Carranza, a fin de que fuera Obregón –más manejable- quien ocupara la capital. Pero al menos Villa había aceptado el “Plan de Guadalupe” en el que Carranza se proclamaba “primer jefe” del ejército constitucionalista, destinado a dirigir el poder ejecutivo hasta en tanto no se celebraban elecciones presidenciales.

En cambio, Zapata no sólo no había aceptado el “Plan de Guadalupe” sino que tenía pésimos informes de Carranza y su corte de políticos y abogados con fama de tramposos. Sobre todo, el “Plan de Guadalupe” no abordaba para nada el problema agrario, único que interesaba a Zapata. Cuando Carranza envió emisarios al caudillo morelense para pedirle que se sumara a su causa, Zapata contestó que, por el contrario, si Carranza no “se sometía” al “Plan de Ayala” lo sacaría a patadas de la capital de la República.

Villa también comenzaba a rebelarse en el norte. Carranza convocó una convención de generales que estudiaría las distintas opiniones prevalecientes y haría recomendaciones para evitar una ruptura de la unidad revolucionaria. La convención se reunió en la ciudad de México, territorio dominado por Carranza, pero después, por presiones de Villa, mudó su sede al terreno neutral de Aguascalientes. Zapata fue invitado a concurrir por medio de representantes.

En Aguascalientes, zapatistas y villistas se aliaron y los carrancistas quedaron convertidos en una débil minoría. Zapata impuso a la convención la totalidad de su “Plan de Ayala” y conjuntamente con Villa hizo que los convencionistas destituyeran a Carranza. La convención se erigió como principal autoridad del país.

Carranza negó validez a los acuerdos de Aguascalientes pero, sabiéndose demasiado débil, abandonó la capital y pasó a establecerse en el puerto de Veracruz, donde disponía de fuerzas leales.

E. Alianza y trato macabro

A fines de noviembre de 1914 los zapatistas entraron a la capital para unirse a los villistas. La llegada de las “hordas” del “Atila del Sur” provocó pánico entre los vecinos, y la sorpresa general fue grande cuando se vio que los zapatistas se portaban como campesinos “engentados” que contemplaban la ciudad con la boca abierta o mendigaban a la puerta de las casas algo de comer. Por lo que se sabe, sólo dispararon sus armas contra un camión de bomberos que confundieron con un tanque que se les venía encima.

No fue sino hasta el 4 de diciembre cuando Zapata aceptó entrevistarse personalmente con Villa, y lo hizo en los alrededores de Xochimilco, un terreno que el morelense consideraba familiar. Desconfiando de aquel norteño corpulento que lo mismo soltaba estruendosas carcajadas que se deshacía en terribles ataques de furia, el impasible

Zapata permaneció horas enteras sin abrir la boca y negándose a discutir los problemas importantes. Sólo cuando Villa comenzó a echar pestes contra “el viejo barbón”, Zapata dio muestras de vida y contestó lanzando su propia andanada de insultos contra Carranza y sus licenciadillos.

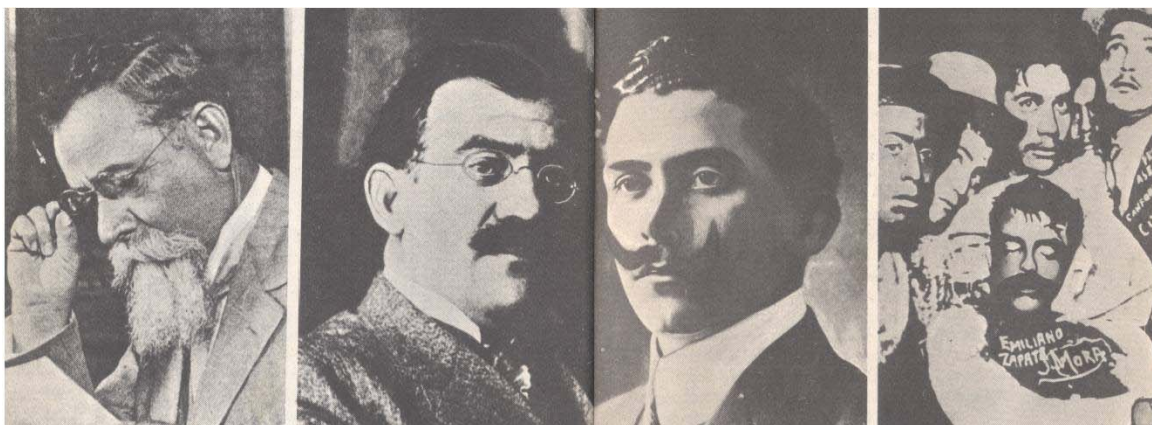
El 6 de diciembre, a instancia de los fotógrafos de prensa, un Villa sonriente y un Zapata todavía hosco y taciturno acudieron a palacio nacional para dejarse retratar en la silla presidencial. Zapata cedió a Villa el sitio de honor; el acuerdo a que habían llegado hacía de Villa el amo del territorio situado al norte de la capital y a Zapata del sur.

Después, según el periodista Roberto Blanco Moheno, Zapata pidió a Villa que le entregara a su general Guillermo García Aragón para fusilarlo, pues en sus tratos con él había llegado a la conclusión de que era un traidor. Villa accedió a cambio de que Zapata le entregara para el mismo objeto al escritor zapatista Paulino Martínez, a quien Villa detestaba porque en Aguascalientes lo insultó. El macabro trato fue cerrado y llevado a sus últimas consecuencias.

El triunfo comenzaba a enloquecer a Zapata. Cierta día impidió el fusilamiento del hijo de un hacendado no por evitar la gran arbitrariedad que esto significaba sino porque se lo pidió la célebre María Conesa. Completamente borracho, Zapata hasta bailó un “calabaceado” con la vedette. Pero la vida de la capital le repugnaba, y frecuentemente sufría disgustos cuando le informaban que sus aliados villistas “hacían menos” a los morelenses de calzón blanco. Pronto regresó a su anhelado Morelos, deseoso de olvidarse de la gran ciudad.

III. Ahora todos somos Zapatistas

Sólo había una manera de liquidar al “Atila del Sur”: a traición. Eso hicieron los carrancistas.



Venustiano Carranza y Pablo González fraguaron el asesinato de Zapata.
Jesús Guajardo fue el autor material de la traición.

El año de 1915 fue relativamente tranquilo para Zapata, ya que transcurrió entre luchas de villistas y carrancistas y a él lo dejaron en paz. Ante Villa se había comprometido a marchar hasta Veracruz para desalojar a los carrancistas, pero como el norteno se olvidó de proporcionarle las armas que le había prometido para este fin, Zapata se desatendió del asunto. Estableció su cuartel en el pueblecillo de Tlaltizapán, enclavado en la región cañera del sur de Morelos, y dio algunos pasos en firme para atacar el problema agrario.

Al efecto nombró comisiones de ingenieros agrónomos que deslindaron las sierras de acuerdo con los antiquísimos títulos de propiedad y devolvieron a muchos pueblos las extensiones que reclamaban. A medida que el programa avanzaba se vio la necesidad de emprender una reforma agraria en toda forma, con expropiaciones de terrenos de las haciendas, pero Zapata no tendría tiempo de hacer nada notable a este respecto. Por principio de cuentas, Zapata necesitaba los fondos que los antiguos hacendados le pagaban como “protección”, pues sus fuentes de ingreso eran muy raquíticas.

Zapata estableció su cuartel general en un antiguo molino de arroz, donde concedía audiencias, escuchaba peticiones y meditaba sobre la situación política. El antiguo “Miliano” se había convertido en un personaje mesiánico a quien los campesinos llamaban “Salvador y Padre”.

Con frecuencia se le veía en tormentosas borracheras de cerveza y aguardiente “resacado”. En 1911 había contraído matrimonio con Josefa Espejo, su novia de muchos años, y al destacar como revolucionario se ligó a una infinidad de mujeres con las que tuvo un sinnúmero de hijos. Por supuesto, no tenía nada del Latin Lover que encarnó Marlon Brando en la célebre película de Elia Kazan: en su séquito siempre había aduladores encargados de conseguirle jovencitas guapas.

Destruído por las luchas entre villistas y carrancistas, en 1915 el país sufrió un hambre espantosa. La excepción fue Morelos, donde los lugareños abandonaron los cultivos industriales como el de la caña de azúcar y sembraron maíz, frijol y tomate, que enviaban abundantemente a los mercados. La vuelta a una sociedad rural de autoconsumo empezaba a preocupar a Zapata, quien inclusive tomó medidas para estimular el cultivo de la caña y rehabilitar los ingenios. Pero pronto tendría motivos de preocupación incomparablemente mayores.

A. Oportunidad para hacer méritos

Lejos de perseguir a los carrancistas hasta Veracruz, Zapata apenas actuó para impedirles que recuperaran la capital, lo cual hicieron desde el 28 de enero de 1915. Con esta base, el general carrancista Álvaro Obregón pudo marchar al norte y en el curso del mismo año aplastó por completo al ejército villista. Carranza quedó entonces en libertad de concentrar sus esfuerzos en acabar con Zapata “el indio insolente”.

Para ello, después de un corto periodo de negociaciones diplomáticas, envió a Morelos un ejército de 30,000 hombres comandados por el general Pablo González, un militar a quien apodaban “Pablo Carreras” por haber conseguido sus ascensos a base de traiciones y derrotas, González vio en la represión una oportunidad para hacer méritos ante Carranza. Su campaña se inició con una declaración en la que calificaba a los zapatistas de “bárbaros, asquerosos, sátiros, de instintos bestiales, felones y cobardes por naturaleza e incapaces de pelear limpiamente”.

Pablo González tomó Cuernavaca el 2 de mayo de 1916. Los zapatistas se refugiaron nuevamente en la sierra o huyeron a Guerrero. González emprendió un saqueo desenfrenado de los pueblos, aplicando los mismos métodos del sanguinario Juvencio Robles. Las ciudades quedaron despobladas y en completa ruina. Muchos zapatistas fueron deportados a Yucatán o fusilados. Los campos de cultivo fueron abandonados y los pastizales quedaron sin ganado. Los carrancistas pudieron dedicarse entonces a practicar en gran escala el robo y el soborno, y los guerrilleros reaparecieron por todas partes, incluso en los alrededores de la capital de la República donde volaron un tren. Para diciembre González tuvo que abandonar Morelos y Zapata recuperó gradualmente su territorio hasta tomar Cuernavaca en 1917.

En este ambiente se aprobó en Querétaro la nueva Constitución. Como involuntario homenaje a Zapata, para arrebatarle la bandera de la reforma agraria, los carrancistas se vieron obligados a incorporar en la Carta Magna el espíritu del Plan de Ayala.

B. \$50,000 y el ascenso

En Morelos campeaba el hambre y poco a poco el carácter de Zapata se agrió hasta bordear en la neurastenia. La epidemia de influenza española que azotó el mundo en 1918 diezmo a los campesinos morelenses; casi al mismo tiempo Pablo González inició una nueva invasión en Morelos.

Ahora ya había aprendido la lección: Zapata era invencible en la lucha abierta. Por lo tanto, apoyado por Carranza, recurría a la traición.

Escogió a un coronel llamado Jesús Guajardo para que fingiera rebelarse y buscara una alianza con Zapata. Guajardo escribió al caudillo diciéndole que estaba dispuesto a desertar y a entregarle una importante dotación de armas y municiones. El 9 de abril de 1919 Guajardo pretendió amotinarse en Jonacatepec y tomó la población en nombre de Zapata.

Durante la tarde del mismo día Zapata y Guajardo se entrevistaron en una pequeña estación de ferrocarril y el caudillo recibió de Guajardo el obsequio de un hermoso caballo llamado "As de oros". A la mañana siguiente deberían celebrar una nueva conferencia en la hacienda de Chinameca, junto al río de Cuautla.

Aunque recelaba de la fidelidad de Guajardo, no obstante que el militar había matado a muchos carrancistas para apoderarse de Jonacatepec, Zapata se sentía seguro en los terrenos de la hacienda, que conocía perfectamente desde su niñez.

El 10 de abril de 1919 fue un día hermoso. Había llovido la víspera. Después de conferenciar con Guajardo, Zapata aceptó una invitación para comer en el edificio de la hacienda y, montando el caballo que le habían regalado, marchó hacia el portón seguido por una escolta de 10 hombres. Al entrar, un clarín repitió tres veces el toque de honor; al hacerse el silencio, los soldados que presentaban armas dispararon a un tiempo sobre el cuerpo de Zapata.

Al anochecer, el cadáver cosido de balas fue llevado a Cuautla y arrojado a los pies de Pablo González, quien examinó el rostro con una linterna. El entierro fue filmado y Guajardo obtuvo como recompensa de Carranza 50,000 pesos y el ascenso a general. Pablo González expidió un boletín de prensa que decía: "Desaparecido Zapata, el zapatismo ha muerto. Zapata fue simplemente un bandolero".

Los campesinos de Morelos opinaron de manera distinta y acuñaron una frase que no dejaría de sacudir al país: "Se murió el jefe. Ahora todos somos zapatistas".

Nota: Para elaborar este artículo fue necesario consultar una infinidad de textos de diversos autores. Entre todos ellos destacaron por su utilidad las obras del historiador John Womack Jr., a quien CONTENIDO da las más cumplidas gracias. Las fotos provienen del archivo Casasola y de la selección de imágenes históricas de archivos norteamericanos y europeos reunida por George R. Leighton.